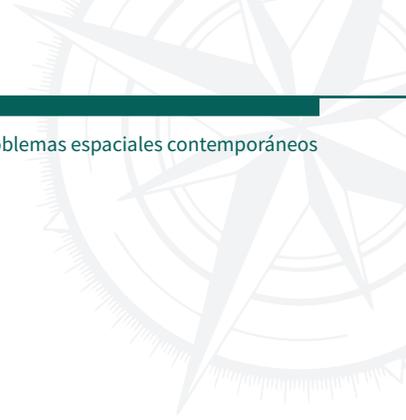




E

Ane
ku
mene



El futuro de la ciudad y las proyecciones del siglo XXI: ¿apertura a una nueva era o a una edad oscura?

The Future of the City and the Projections of the 21st Century: Openness to a New Era or a Dark Age?

O futuro da cidade e as projeções do século XXI: abertura a uma nova era ou a uma idade das trevas?

José Fernando Bermúdez Romero*

Resumen

El estudio de las ciudades actuales se enfrenta a la encrucijada de la época. El siglo XXI establece el presente de los cascos urbanos bajo múltiples incertidumbres y, a su vez, piensa el futuro como realidad inmediata. A partir de tres dinámicas contemporáneas el siguiente texto analiza y visualiza el horizonte de la ciudad futura.

Palabras clave:

Ciudad futura, migración, cambio climático, megalópolis.

* Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Abstract

The study of today's cities faces the crossroads of the age. The 21st century establishes the present of urban centers under multiple uncertainties and, at the same time, thinks of the future as an immediate reality. Based on three contemporary dynamics, the following text analyses and visualizes the horizon of the future city.

Resumo

O estudo das cidades atuais enfrenta a encruzilhada da época. O século xxi estabelece o presente dos centros urbanos sob múltiplas incertezas e, por sua vez, pensa no futuro como realidade imediata. A partir de três dinâmicas contemporâneas, o texto a seguir analisa e visualiza o futuro horizonte da cidade.

Keywords:

Future city, migration, climate change, megalopolis.

Palavras-chave:

cidade futura; migração; mudança climática; megalópole.

Introducción

El espacio urbano enfrenta las vicisitudes del siglo XXI desde una aleación particular: los problemas heredados del pasado y la apertura hacia una época dominada por la celeridad de los cambios. A partir de esta condición, el urbanismo contemporáneo piensa las ciudades con miras a cohesionar las piezas características del paisaje urbano e integrarlas a los nuevos elementos que entran a formar parte del mismo. Sin embargo, y a medida que estos retos se piensan con sus inherentes soluciones, nuevos horizontes se vislumbran en una era dominada por las incertidumbres políticas y sociales, lo que exige pensar las nuevas urbes a partir de las encrucijadas globales y sus efectos imprevistos. Por ello, reflexionar sobre el futuro del urbanismo se erige como un ejercicio fundamental para el presente del espacio urbano, alejándose de cualquier intento predictivo, pero sin disociarse del advenimiento de las megalópolis venideras. Los recientes problemas mundiales tienen un impacto inmediato en las relaciones internacionales y en las relaciones económicas, pero su impacto espacial solo podrá ser intuido por una interpretación exhaustiva de estos hechos y los posibles efectos que conllevará. Barajar entre una larga lista de consecuencias es la posibilidad factible que tienen los teóricos del espacio urbano para estudiar tales efectos a largo plazo con su inherente afectación en las metrópolis del mañana.

A partir de este marco enunciativo se construye la premisa fundamental del presente texto. Al examinar los hechos espaciales contemporáneos desde la perspectiva del mañana y, asimismo, reconocer la construcción de los horizontes del urbanismo desde los elementos hoy disponibles, se reconoce una mayor sincronización entre el presente y futuro de las ciudades. Estudiar las consecuencias de los hechos contemporáneos en la urbe implica desarrollar una óptica enfocada en la relación causa actual-efecto posible, donde múltiples visiones, tanto optimistas como pesimistas, se erigen como posibilidades para visibilizar el panorama de las próximas décadas. En el presente trabajo, tres de las dinámicas contemporáneas son analizadas a partir de su relación con el espacio urbano y su afectación futura. Las oleadas migratorias que, por diferentes causas, protagonizan el panorama social reciente es el tema del primer subtítulo. Posteriormente, se analiza el impacto de las megalópolis futuras en la biosfera, profundizando en las condiciones particulares del medio ambiente en esta época. Por último, se explora el futuro de la comunidad en la urbe del mañana, pensando en las proyecciones posibles que tienen el ejercicio de las políticas locales y las relaciones comunitarias.

Antecedentes de la exploración de la ciudad del futuro

La construcción del sueño y la planificación de la “ciudad del futuro” fue uno de los pasatiempos predilectos del proyecto decimonónico. Abrumados por la transformación inherente a la industrialización y el

pensamiento moderno, muchos individuos del siglo XIX imaginaron las urbes del mañana con toda clase de máquinas sofisticadas, viajes inmediatos y novedosos artilugios cotidianos. Por ello, no es de extrañar que la proyección de la metrópoli futura fuese una de las temáticas comunes en los relatos de ciencia ficción.

Uno de los ejemplos de este tipo de narraciones es *París en el siglo XX* de Julio Verne (1994), donde el futuro de la Ciudad Luz es visibilizado bajo la óptica de la tecnificación y el auge de la ciencia. En esta novela, el escritor francés ofrece la panorámica de una urbe dominada por las calles abarrotadas y los edificios gubernamentales como representación de un entorno centralizado. La metrópoli se encuentra delimitada por un muro entre el antiguo casco histórico (la ciudad vieja) y la nueva París, donde es común encontrar cientos de vehículos, edificios iluminados que rivalizan con la luz solar y miles de transeúntes que solo se maravillan con el dinero.

Tal panorama parece hoy un lugar común de las urbes del siglo XX, principalmente por el marco temporal elegido por el autor, situado en la década de los sesenta. Sin embargo, la capacidad con la que este texto hallado en 1989 visibilizó el futuro sorprendió a los descubridores de esta obra perdida. A partir de esta, surge la interrogante sobre cómo algunos componentes que caracterizarían la urbe del futuro pueden advenirse de un texto enunciado y escrito bajo la lógica decimonónica, sobre todo cuando se considera que muchos de los elementos enunciados por Verne (1994) no solo sobresalen por ser avances de la técnica, sino por describir el impacto que estos tendrían en las dinámicas urbanas.

No obstante, no se puede pensar que la capacidad de prever la ciudad futura solo puede ser producto de la imaginación o la ficción. Desde el urbanismo también se ha pensado la urbe del mañana a partir de la planificación y el análisis de los modelos que gestaron la morfología de la ciudad contemporánea. A partir del estudio del urbanismo del siglo XX, Rob Krier (1981) examina el horizonte de las grandes ciudades considerando los modelos preexistentes y los problemas a los que se enfrentan. Alejándose de presunciones ideológicas, el autor afirma:

Cada pronóstico debería ser lo más objetivo posible y superable hoy día, tanto técnica como administrativamente. La ciudad no puede planificarse aplicando ideologías subjetivas, ya sean de tipo socio-políticas o técnico-constructivas. Las utopías sociales de los últimos doscientos años han indicado los límites de estas visiones, al igual que lo han hecho las utopías técnicas de los últimos años. (Krier, 1981, p. 85).

Partiendo de esta visión, es evidente el interés del nuevo urbanismo por recrear los modelos futuros a través de una planificación práctica, lo que indica una triple tensión entre los modelos centrados en esta postura, la visión político-administrativa y la técnico-constructiva. Esta discusión tendrá consecuencias decisivas de cara a la urbe futura, ya que

las discusiones relacionadas con los asuntos contemporáneos tratados a continuación generan más divergencias que posibles convergencias. Las implicaciones de estos debates en el seno del urbanismo se combinan con la velocidad y afluencia de las circunstancias que transforman los espacios urbanos contemporáneos. Cuando Krier (1981) habla de las nuevas necesidades urbanas, alineadas al crecimiento poblacional y las dinámicas económicas, focaliza las urgencias de un momento histórico que aún repercute en la planificación urbana. Sin embargo, la afluencia de las nuevas tecnologías y el cambio del epicentro productivo de la fábrica industrial a centros de innovación e información, estilo Silicon Valley, produce que los proyectos urbanos tengan que reconfigurarse de acuerdo con la velocidad con la que mutan las sociedades actuales y sus relaciones productivas. El futuro próximo hace pensar que esta volatilidad no solo no será regulada, sino que producirá cambios cada vez más radicales y abruptos.

A partir de las visiones ficticias y urbanísticas, se puede concluir preliminarmente que las perspectivas de la ciudad futura no hallan en la predictibilidad su mayor peligro, sino en las incertidumbres que genera la reproducción de los problemas actuales en mixtura con las consecuencias imprevistas que conllevan las transformaciones sociales. Bajo el desconocimiento de los posibles efectos producidos por las dinámicas que se examinan a continuación, el análisis de una metrópolis futura suele tender hacia dos visiones: una que enfatiza su optimismo ante el progreso inherente de la tecnologización y la atomización de las fronteras junto a otra basada en una postura más pesimista.

¿Ciudades sin fronteras o ciudades con barreras? El reto de las migraciones en la construcción de la urbe futura

La delimitación de Verne (1994) entre la ciudad vieja parisina y la nueva metrópoli construida por la técnica no solo estaba materializada por los muros erigidos, también simbolizaba un mundo donde el cientificismo había marginado a las letras y la producción literaria. La París del siglo xx es un espacio que delimita muy bien las diferencias sociales y temporales, donde las obras de Victor Hugo yacían arrinconadas e ignoradas en los anaqueles de una época olvidada. De este modo, el escritor francés mostraba, aunque desde una óptica irreal, la configuración futura de una ciudad que transformaba las brechas sociales en barreras espaciales.

La condición dual de una ciudad que puede incluir y excluir al mismo tiempo hoy se manifiesta de igual forma que la descrita por Verne (1994) con respecto a la literatura francesa: una segregación implícita pero consciente. No obstante, y en clara distinción con la obra, las nuevas formas de segregación no se hacen con ideas, sino con personas, las cuales proceden de lugares diferentes en búsqueda de oportunidades de vida y alojamiento desatando un síntoma que activa dos paradojas

fundamentales: los problemas que produce la inmigración en la relación ciudad-región y los líos que tienen las urbes para integrar a poblaciones de diversos orígenes, pese a su etiqueta de “ciudades globales”.

Ciudades cosmopolitas como Londres, París o Nueva York, por citar algunas, pueden tener políticas abiertas y flexibles con los inmigrantes, pero las poblaciones rurales que les circundan no suelen tener este margen de tolerancia, ya sea por razones económicas o culturales. Esta circunstancia, explicable por las diferencias vigentes entre la cultura del espacio urbano frente a la tradición y costumbres del espacio rural, o incluso la de pueblos y villas, genera profundos malestares en las políticas de recepción de inmigrantes. Ello explica las diferencias entre las elecciones políticas de la zona rural estadounidense frente a las grandes ciudades norteamericanas o por qué Sadiq Khan, de origen musulmán y migrante, puede ejercer el principal cargo público en Londres, la capital del cada vez más aislacionista Reino Unido.

Sin embargo, esto no debe establecer una postura maniqueista y delimitada, ya que en las ciudades no se puede entender la vida del inmigrante solo desde la lógica de la inclusión. Un ejemplo de ello es el *banlieue*, un término francés relacionado, aunque no sinónimo, de las barriadas o los suburbios de las grandes ciudades francesas, los cuales circundan los centros urbanos. La mayoría de migrantes, principalmente de origen africano, habitan en los *banlieue* en compañía de los franceses descendientes de clases media-bajas y de origen proletario. La misma estructura de la ciudad permite que entre el centro y la periferia surjan barreras que impiden una integración completa de los *banlieue* al mosaico urbano.

Igual panorama, aunque con otras dinámicas, se contempla en los barrios con población de origen migrante en Nueva York, diseminados en los condados de Brooklyn, Queens y Bronx. Aunque la Gran Manzana suele ser el objeto referente de la integración de la población migrante en las grandes ciudades, todas las urbes del Atlántico estadounidense recibieron diferentes oleadas históricas de inmigración (irlandeses, italianos, chinos, latinos, etc.) a lo largo de los últimos siglos. Cada una de estas comunidades pasaron a conformar barriadas en las periferias y desarrollaron códigos particulares y dinámicas socioespaciales que, en muchos casos, no necesariamente se homogenizaban con el mosaico urbano. Un ejemplo de ello es el estudio de William Foote Whyte (1971) en la barriada Cornerville del Eastern City en Boston, en el que se observa la conformación del barrio a partir de los migrantes italianos, su origen y las dinámicas particulares que les dieron un carácter distintivo frente a los demás barrios de la ciudad.

A partir de los primeros inmigrantes genoveses en 1870, el espacio, originalmente residencia de irlandeses, fue habitado por cientos de familias italianas, las cuales se vinculaban inicialmente a partir de relaciones de paisanaje y cooperación con un fuerte vínculo asociado a la figura paterna. Posteriormente, se analizan las relaciones de generaciones

que les sucedieron, donde algunos individuos se congregaron en diversas estructuras, tanto políticas como clandestinas. La descripción de este barrio arrojó resultados no solo en torno al estudio barrial urbano, que adquiriría popularidad en la sociología norteamericana, también exploraba la integración que tenía la población migrante con su nuevo espacio urbano, tanto en sus relaciones familiares, donde constantemente se rememoraba la natal Italia en las historias de vida, como en las prácticas cotidianas.

Las barriadas de inmigrantes, inmersas en problemáticas endémicas, dan a las grandes ciudades un carácter cosmopolita que ejerce un gran impacto en las relaciones espaciales, ya sea desde la instauración de brechas o la mixtura de costumbres como el caso italiano. Sin embargo, la naturaleza de las nuevas oleadas de inmigrantes, causadas por conflictos armados interminables en Medio Oriente, problemas de abastecimiento o incluso la posibilidad tangible de recibir “migrantes climáticos” en las próximas décadas, se distancia de los fenómenos migratorios previamente vistos. En conjunción a lo anterior, se produce una reacción contemporánea ante las oleadas de inmigrantes que a su vez genera líderes reacios a las políticas migratorias. Esto tiene como resultado un sinfín de resistencias sociales de diversos tipos ante las personas que aguardan tras la frontera. Se argumenta a menudo la carencia de equipamientos, la protección de las características identitarias, etc., a modo de justificación de las políticas nacionales, cada vez más radicalizadas y enfocadas en la integridad del espacio nacional. No obstante, el espacio urbano, orientado bajo otras lógicas, no se encuentra inscrito en los parámetros fijados por estas políticas, lejos de ello, constituye un espacio configurado bajo la idea de la universalidad y la cosmovisión, históricamente construido por las oleadas migratorias y las barriadas que genera.

La cuestión, entonces, no gira en torno al recibimiento urbano de las oleadas migratorias, sino a la manera en que la mixtura e integración social que la ciudad implica se convierte en una mixtura e integración espacial. Bajo la lógica de las puertas abiertas, cualquier urbe puede recibir una determinada cantidad de población migrante, pero la integración espacial requiere una serie de equipamientos y estructuras que usualmente no están disponibles ni para la población migrante ni para las comunidades urbanas más desfavorecidas que, como se ve en el caso de los banlieue, se convierten en sus vecinos. Asimismo, otro de los problemas urbanos inherentes a las oleadas migratorias es la desorganizada urbanización que produce la emergencia de nuevas barriadas. La expansión sin control o posible regulación de los cascos urbanos sobre los espacios circundantes es catalizada por este fenómeno, pero es difícil establecer si las migraciones actuales tendrán el impacto demográfico como para ser decisivas en la consolidación de las gigantescas urbes que se prevén para el final de siglo. Lo que sí parece visibilizarse en el horizonte de la megalópolis es su existencia como espacio heterogéneo, con una cohesión espacial difícil y con zonas delimitadas por las características endógenas de cada comunidad.

La configuración de la futura urbe va a ser permeada por las oleadas migratorias del siglo xxi, pero la morfología de estas y su relación con los espacios aledaños va a estar mediado por otras dinámicas contemporáneas. El cambio climático ha generado recientemente polémicas discusiones en el seno de la ciencia, alineadas a las recientes políticas que limitan o niegan su alcance. Sin embargo, la mera formulación del problema medioambiental genera incertidumbres en torno a la condición actual de los espacios urbanos y su futuro. Muchas de las gigantescas aglomeraciones urbanas están a merced de cualquier incremento del nivel del mar, lo que conlleva pensar esta problemática como un asunto fundamental para el futuro de la urbe.

Megalópolis y su relación con la naturaleza. Los retos de la ciudad del futuro a partir del cambio de la biosfera

La gravedad de la incertidumbre no consiste solamente en las dificultades proyectivas de la ciudad en sí, también se relaciona con la adaptación de la misma a las nuevas características espaciales que la determinarán en el futuro. Más allá de las visiones prospectivas o distópicas, el horizonte de las ciudades recrea un crecimiento infraestructural y demográfico que demanda el consumo de recursos masivos, una alta cobertura de servicios, el surgimiento de sistemas de transporte novedosos, garantías de seguridad, enormes gastos energéticos, etc. Añadido a esto, cabe aclarar que el futuro podría conllevar necesidades exigidas por los sectores económicos, las comunidades o incluso las nuevas tecnologías.

La realidad contemporánea, no obstante, establece que las enormes proyecciones urbanísticas destinadas a solventar estas exigencias enfrentan diversas problemáticas para su materialización. Grandes ciudades del planeta como Delhi, Bombay, Shanghái, entre otras, presentan los mismos problemas que enfrentan otras inmensas aglomeraciones del mundo, además de sus dilemas medioambientales endémicos, lo que suscita la siguiente pregunta: ¿cómo los equipamientos urbanos podrían resolver los problemas de las urbes de más de cincuenta millones de habitantes si aún no se solucionan las dificultades de las ciudades de veinte millones de personas? Asimismo, las proyecciones indican que las futuras megalópolis se ubicarán en el continente africano, lo que exige pensar nuevas formas de planificación para las características particulares del continente. En un estudio de BBC Mundo del 13 de agosto de 2018, se establece que ciudades como Lagos, con 88 millones de personas; Kinshasa, con 83 millones, y Dar es-Salaam, con 73 millones, serán las urbes más pobladas del planeta para inicios del siglo xxii. Igualmente, otras ciudades africanas como Jartum y Niamey superarán los 50 millones de habitantes, solamente superadas por Bombay y Delhi, las cuales alcanzarán los 67 y 57 millones, respectivamente.

La superficie de las megalópolis futuras todavía no puede calcularse con contundencia, pero se puede prever un aumento desorganizado de las mismas si los crecimientos demográficos aumentan a mayor velocidad que las innovaciones en equipamientos. En *Postmetrópolis*, Edward Soja (2008) no solamente indica el surgimiento de nuevas categorías espaciales para describir la evolución histórica de la ciudad, también señala la dificultad geográfica inherente a estos cambios dando cuenta de los retos cartográficos que tendrá la ciudad de las próximas décadas. Al respecto señala:

Representar la ciudad como una unidad geográfica, económica, política y social discreta enraizada en su entorno y en su hinterland resulta más difícil que nunca. Los límites de la ciudad se están volviendo más porosos, entorpeciendo nuestra habilidad para trazar líneas claras entre lo que se encuentra dentro de la misma en tanto opuesto a lo que se ubica fuera, entre la ciudad y el campo, las zonas residenciales de las afueras y lo que no es ciudad; entre una ciudad región metropolitana y otra; entre lo natural y lo artificial. (Soja, 2008, p. 221).

Tales límites porosos y carentes de limitaciones claras implicarán también un problema entre la relación del ser humano, cada vez más urbano, con la naturaleza. Las ciudades africanas enunciadas antes están profundamente relacionadas con los ambientes costeros y fluviales aledaños a ellas, por ejemplo, el océano Atlántico para el caso de Lagos, el río Níger en el caso de Niamey o el océano Índico para Dar es-Salaam en la costa sureste de África. Cualquier afectación causada por un aumento de las aguas provocado por el deshielo de las capas polares, la contaminación de estas fuentes hídricas o el abastecimiento del vital recurso para millones de ciudadanos, es una preocupación masiva e inmediata. En adición a estos aspectos, es importante señalar los conflictos civiles que han hecho que grandes poblaciones de origen rural se asienten en las principales ciudades, como en el caso de Níger y Sudán. Estas alteraciones provocan una mayor afluencia a las ciudades en crecimiento, junto a las altas tasas de natalidad, lo que añade un nuevo factor a la necesidad urgente que tienen las ciudades africanas en el bienestar infraestructural y alimenticio para la población urbana. Por desgracia, las medidas orientadas a mitigar los riesgos del cambio climático, por un lado, y los conflictos civiles por otro, encuentran resistencia en los principales poderes económicos y políticos mundiales, quienes rara vez consideran la postura de los países con mayor susceptibilidad de sufrir las nefastas consecuencias de estos fenómenos.

La profunda alteración que producen los conflictos civiles entre la relación espacio rural-espacio urbano puede mitigarse a partir de políticas locales. Pero el aumento de la temperatura causado por el cambio climático, junto a las consecuencias que este puede traer para la agricultura, la pesca, etc., escapa a cualquier capacidad endógena. Si bien son dudables los pronósticos apocalípticos con respecto al cambio climático,

es importante observar que cualquier afectación en la temperatura de la biosfera producirá una importante transformación en el modo de vida de las comunidades y sociedades más dependientes de la tierra. De las ciudades anteriormente enunciadas, solo Bombay alberga la categoría de ciudad global, las demás, en contraste, han sido construidas por familias de origen rural, donde el abastecimiento diario se basa en economías locales de subsistencia muy dependientes de la abundancia o escasez de recursos.

A partir de esta situación surge la inquietud sobre el abastecimiento de alimentos de las futuras megalópolis del planeta. Saskia Sassen (2015) afirma que el proceso de degradación de la tierra, causado por orígenes naturales y antrópicos, se ha conjugado con el cambio climático y la extracción de recursos mineros. Ante la amenaza latente de erosión y desertificación, la megalópolis encuentra dos condiciones paradójicamente complementarias: un crecimiento sin delimitaciones claras y con graves dificultades espaciales junto a la limitación impuesta por la tierra. Sobre la condición de esta la autora afirma:

Los pocos estudios que han intentado hacer un mapa del proceso global estiman que alrededor del 40 por ciento de la tierra agrícola del planeta está seriamente degradada. Las regiones más afectadas son América Central, donde el 75 por ciento de la tierra agrícola es estéril; África, donde esta degradada una quinta parte del suelo; y Asia, donde el 11 por ciento se ha vuelto inadecuado para la agricultura. (Sassen, 2015, p. 172).

El problema del abastecimiento se potencia ahora con el proceso de degradación de las tierras aledañas a la ubicación de las futuras megalópolis. Pese a los grandes avances agrícolas que supuso la revolución verde de la segunda mitad del siglo xx, la posibilidad factible de tierras estériles redoblará los esfuerzos por el suministro y abastecimiento de alimentos, adicional al gasto hídrico que implican las nuevas tecnologías de riego. Sin embargo, este panorama sombrío es contrarrestado por las nuevas tecnologías que, a partir de la fusión entre la técnica y el saber geográfico y arquitectónico, abogan por un uso práctico del espacio disponible en el planeta. Un posible impacto que conllevaría a una nueva espacialización de la tierra sería su uso óptimo por parte de la mayoría de personas. La constante exploración de la superficie terrestre junto a nuevas tecnologías que harían posible la residencia en lugares aparentemente inhóspitos podría ser una alternativa ante el escenario descrito anteriormente, aunque, como se afirmó, el problema de esta opción no consiste en su operatividad, sino en la capacidad que las sociedades tengan para aplicarlas, tanto en un espacio urbano determinado como en la velocidad a la que responden ante los cambios.

¿Ciudades sin comunidades? El ejercicio de las relaciones comunitarias bajo una nueva condición ciudadana

El punto de resolución posible para las dos dinámicas contemporáneas descritas se encuentra en las políticas urbanas. La capacidad de acción que tienen las ciudades no solamente se ajusta a las demandas de la planificación, también requiere la mediación de las comunidades que habitan las urbes y el potencial que históricamente han tenido para sobrevivir ante las problemáticas que subyacen al mosaico urbano. No obstante, el problema enunciado previamente por Rob Krier (1981) con respecto a la imposición ideológica impide que muchas de estas soluciones escapen de ser meras respuestas temporales, siempre alejadas de un plan programático.

El eterno problema de la gestión urbana se ve agravado por los nuevos perfiles y liderazgos que surgen en el seno de lo político. La política experimenta hoy una considerable transformación en su ejercicio, y este hecho no puede ser pensado ajeno a las dinámicas espaciales. Las particularidades del nuevo populismo, la decadencia de la visión de lo público a partir del auge de los ideólogos del mercado y la constante desconfianza hacia las instituciones contemporáneas no solo impactan el mundo globalizado, las naciones o las nuevas dinámicas regionales, también ejercen un grado de afectación en el modo de participación de los ciudadanos y su capacidad de interacción espacial. A partir de ello se ven las tensiones enunciadas por Krier (1981), basadas en diversos enfoques que tienden entre perfiles inclinados a pensar la ciudad como interacción y proyecto ideológico-social frente a otros orientados a la planificación y gestión de obras públicas. No obstante, el diseño de las políticas urbanas no se limita al ámbito meramente administrativo, también existen diversas comunidades que, a modo de célula, son la base del tejido social. La interacción entre familias y la construcción de lo que podría denominarse una condición estrictamente urbana depende, en gran medida, del actuar de estas comunidades en la vida pública.

La dificultad con la que se observan las dinámicas político-administrativas en las futuras y masivas ciudades se explora a partir de este punto. Bajo la incertidumbre de las crisis económicas, la erosión de los lazos vecinales y el desprestigio de lo público, se afirma la decadencia de la política urbana orientada desde la comunidad. Previamente, autores como Richard Sennett (2011) y Jane Jacobs (2011) estudiaron la condición de lo público y las dinámicas de las comunidades en investigaciones que transformaron el modo de entender la sociología urbana. A partir de la decadencia de la vida comunitaria expuesta en las últimas décadas, es posible pensar cómo la tendencia puede extenderse a las próximas urbes, donde el concepto *colectivo* puede perder su connotación tradicional.

El poder político en una urbe de más de 50 millones de personas podría asemejarse más a la administración de un Estado nacional que a la de una urbe si se toma como referente la cantidad de personas. Pero la diferencia espacial entre la nación y la ciudad ya de por sí determina que un gobierno de este tipo es improbable. La fuerte centralización administrativa que necesitaría una megalópolis para permitir proyectos viales o simplemente sostener una fuerza pública, por ejemplo, podría requerir un complejo aparato burocrático, pero este escenario contrasta con la imposibilidad que se tendría para representar diversas zonas de periferia que irían surgiendo en la difusa nueva área urbana. Incluso los escenarios más ligados a la ficción, como el establecimiento de ciudades fuertemente custodiadas, parecen irreales ante la compleja mixtura de la nueva aglomeración.

Si el ejercicio político centralizado es difícil de apreciar, aún más complejas se vislumbran las prácticas políticas comunitarias. La prolongada decadencia de la imagen del hombre público se ve potenciada por la pérdida del sentido comunitario en las grandes ciudades, donde las relaciones vecinales y los lazos identitarios de los barrios son reemplazadas por estructuras urbanísticas que alteran la visión tradicional de la acera o la vivienda. De igual modo, la construcción de nuevos distritos con personas migrantes, o por individuos que pierden sus tradicionales hogares por procesos de gentrificación, establecería nuevas comunidades cuya interacción estaría fuertemente limitada por las iniciales percepciones de extrañeza espacial y social. Asimismo, las políticas contemporáneas centradas en la vigilancia y el control se verán fuertemente limitadas a medida que el crecimiento incontrolado exija nuevos dispositivos de observación para diversas zonas. El objetivo de una buena planificación de políticas urbanas debería evitar un futuro con grandes operativos policiales destinados a pacificación o incluso recuperación de sectores de la megalópolis. Lo más sencillo para establecer la seguridad próxima se basa en las tradicionales relaciones que gestaron la interacción pública en la comunidad, basada en el principio del reconocimiento e interacción.

En las antiguas polis griegas este reconocimiento era la base de la vida pública y, por ende, de la vida política. Al ser aceptado como un igual, el ciudadano podía participar en las actividades propias de la polis, por ejemplo, ocupar cargos públicos o formar parte del ejército. A medida que evolucionó la ciudad como categoría espacial, también fue avanzando el alcance de dicho reconocimiento, el cual ya no se veía limitado a las posesiones materiales o a la edad, por citar algunos parámetros iniciales. Pronto las ciudades se consolidaron como grandes estructuras que impedían que todos hicieran parte del poder administrativo, pero los rasgos comunales basados en el reconocimiento se mantuvieron en los determinados distritos y barrios de la misma. Posteriormente, el socavamiento del poder comunitario se produjo cuando la toma de decisiones se trasladó del espacio público a los grandes centros de producción y capital. Bajo las lógicas del mercado muchas de estas comunidades

fueron exiliadas de los barrios que poseían algún grado de centralidad urbana, sus viviendas fueron adquiridas por nuevos propietarios y se vieron forzadas a reconstruir los lazos comunales desde la periferia. A partir de aquí, el mercado, principalmente el inmobiliario y financiero, determinaría y condicionaría la vida comunitaria en la urbe para convertirse en una fuerza constructora y destructiva de grandes ciudades.

Detroit es el ejemplo modelo de la vulnerabilidad de las ciudades y sus subyacentes comunidades ante el poder financiero e inmobiliario. El ejemplo de la otrora gran ciudad industrial automotriz de Norteamérica es un precedente de las vulnerabilidades que la futura urbe puede tener ante las dinámicas del capital. El panorama desolador de casas abandonadas por sus anteriores dueños es la sinonimia de la muerte de las grandes ciudades industriales, donde los complejos fabriles se observan hoy en diversas urbes de occidente como huellas de una época previa. Este paisaje contrasta con la visión de las megaciudades descritas, por lo que surge ahora la pregunta sobre el horizonte de las actuales grandes ciudades que no aparecen en la lista de las mayores aglomeraciones.

Los pronósticos de cada ciudad varían de acuerdo con las tasas demográficas de la región donde están inscritas, su importancia económica e histórica, los equipamientos que actualmente posee o que puede desarrollar, los avances técnico-tecnológicos y el dinamismo de su vida urbana. Igualmente, la convivencia de las diversas comunidades podría verse diversificada y enriquecida por el intercambio cultural o podría estar gravemente afectada por las tensiones desatadas, donde el precedente de los disturbios de Los Ángeles en 1992 funge como posible ejemplo. Las dificultades asociadas a este antecedente histórico evidencian que el reconocimiento común de los derechos de cada comunidad es un requisito fundamental para mantener la vida política en la ciudad futura, incluso en circunstancias materiales desfavorables. Paradójicamente, los problemas urbanos podrían contribuir al resurgimiento de la iniciativa comunitaria con el fin de resolver dificultades particulares y buscar en la integración ciudadana la solución de los mismos.

El escándalo del manejo de aguas en la pequeña ciudad de Flint, en el estado de Michigan en los Estados Unidos, se convirtió en un referente tanto de una posible crisis derivada de la contaminación hídrica como del carácter espontáneo de la organización ciudadana. A partir de una política que buscaba reducir gastos públicos, el acueducto fue desviado de su fuente de agua natural hacia el contaminado río Flint. Sin el tratamiento adecuado, el agua turbia llegó a los hogares de los 100.000 residentes de la ciudad, causando uno de los peores incidentes sanitarios de esta década. El agua, contaminada con plomo y bacterias nocivas, afectó drásticamente la salud de los residentes. Esta dramática situación hizo que los ciudadanos se congregaran indignados con el servicio de aguas y la administración de la ciudad y el Estado, lo que conllevó que este incidente se convirtiera en una temática que influyó incluso en las elecciones presidenciales del 2016. Las protestas de los residentes,

que incluían botellas con el agua turbia que salía de los grifos, puso en la óptica diversas condiciones a enfrentar por parte de la ciudad futura: el abastecimiento, la posible contaminación y, sobre todo, el cómo se puede garantizar el bienestar de la ciudadanía.

Si pensar la ciudad del futuro es un ejercicio que abre múltiples horizontes, el mosaico se amplía aún más cuando se reflexiona en el modo de vida del ciudadano futuro. Las nuevas dinámicas de apropiación del espacio y la relación que el ser humano tendrá con él dependerán en gran medida de las políticas públicas del hoy. El llamado hacia un horizonte prospectivo de las nuevas ciudades, siempre orientado a una mejor relación entre estas y los hábitats que le circundan, también deberá considerar el grado de relación que tienen las políticas administrativas y los proyectos urbanísticos en las comunidades que integran el espacio urbano. Solo a partir de una fusión de perspectivas será posible emprender las políticas deseadas para el presente y el futuro de la urbe.

Aún más difícil resulta el advenir la cotidianidad de estos ciudadanos del futuro y sus prácticas subsecuentes. Para visualizar tales acciones es necesario analizar las transformaciones en la relación capital-trabajo, el impacto de las tecnologías de la información y la comunicación, la afluencia o desaparición de enfermedades, los nuevos sistemas de transporte público, etc. Todos estos aspectos serán mediados por las diversas políticas urbanas proyectadas desde hoy y la capacidad que tengan para proponer modelos innovadores y aceptados por la ciudadanía actual.

Conclusiones

Los horizontes posibles de la ciudad futura, considerando sus múltiples interpretaciones, interpelan un mañana visible desde una visión que excede las posturas optimistas y pesimistas. Pese a las dificultades inherentes a la migración, la transformación del ejercicio político y el cambio climático, es posible observar panoramas donde se entrevén las vicisitudes y avances que acarrea y conllevará el presente siglo. A pesar de los riesgos subyacentes al estudio de estas posibles consecuencias, el pensamiento espacial urbano se erige como una actividad que atraviesa las barreras temporales al asumir el reto del hoy y del mañana. A partir de las tendencias y fenómenos actuales se asimila la imagen de una posible ciudad que responde a la evolución histórica, evidenciando las dinámicas espaciales contemporáneas como actividades incidentes a corto y largo plazo. De este modo se demuestra que la perspectiva de la urbe del futuro ha excedido el ámbito de la ficción al mostrarse como un ejercicio alineado a la bidimensionalidad espacio-tiempo.

Desde los sueños de Verne (1994), hasta las proyecciones urbanistas, se advierte la capacidad de esbozar los espacios que algún día serán habitados y espaciados para la residencia urbana. Sin embargo, estas visiones dicen más sobre el presente de una época y sus incertidumbres, pese a que se trata de relacionar los equipamientos futuros y las interacciones

que provocarán. Los problemas que se visibilizan no solo se estudian como dificultades inmediatas, también se enfatiza en los drásticos impactos que tendrán sobre la biosfera, las relaciones sociales y las prácticas políticas. Uno de los eventos que se piensa bajo la óptica del presente es la inmigración contemporánea. Las condiciones que permitieron el crecimiento de la ciudad, a partir de varios suburbios y barriadas, indica que la inmigración hace parte vital del espacio urbano y su historia. Al ser causal de diversas dinámicas subyacentes al tejido de la ciudad, como la construcción de comunidades particulares, la urbe futura asume dos retos importantes: solucionar el problema que acarrea la inmigración en la relación ciudad-región e integrar los espacios habitados por inmigrantes al mosaico urbano.

El crecimiento poblacional, a su vez, permite que las ciudades futuras sean pensadas como megalópolis; no obstante, tales aglomeraciones deben responder al reto planteado por la relación entre el ser humano y la tierra. El cambio climático y la disponibilidad de terrenos aptos para la agricultura tienen el potencial de causar enormes traumatismos en las urbes que, por sus características, serán las megalópolis futuras. En medio de tales condiciones especiales, se conjuga la posibilidad de hacer un mejor uso de la tierra espaciada con las limitaciones inherentes de las zonas más susceptibles y sus habitantes. Tal condición dual impone un parámetro de acción para las políticas ciudadanas, las cuales se han visto afectadas por la decadencia de la vida comunitaria. A partir de la complejidad del ejercicio político en una urbe del futuro, estas formas de participación ciudadana hallan en el reconocimiento vecinal y la operación ante posibles problemáticas un marco de acción frente a las dinámicas abruptas del capital. La recuperación de la vida común no solo permite que sea pensada la administración futura, también permite visibilizar una ciudad con mayores posibilidades de evolución ante la rapidez de las transformaciones sociales.

Finalmente, cabe resaltar que la evolución del espacio urbano producirá otra posibilidad de pensar el urbanismo en la nueva ciudad, una que no estará permeada ni por las grandes esperanzas ni por las visiones apocalípticas. Gracias al desarrollo de nuevos insumos, se puede trabajar en todos los equipamientos que requieren una solución inmediata, pero el inconveniente de su aplicación siempre será un condicionamiento, sobre todo en los espacios urbanos más susceptibles a los cambios. Afortunadamente, el urbanismo dispone de las capacidades para prever y mejorar, por lo que puede prescindir de los azares de la bola de cristal.

Referencias

- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.
- Krier, R. (1981). *El espacio urbano*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Sassen, S. (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz Ediciones.
- Sennett, R. (2011). *El declive del hombre público*. Barcelona: Anagrama.
- Soja, E. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Verne, J. (1994). *París en el siglo XX*. Chile: Andrés Bello.
- Whyte, W. (1971). *La sociedad de las esquinas*. México: Diana.